

Los ánimos de la gente,
 El problema que el Congreso
 Tiene en sus manos pendiente
 De si aprueba los tratados
 O la guerra se sostiene.
 Unos ensalzan del yankee
 La pujanza omnipotente,
 Y dicen: contra titanes
 No es posible sostenerse.
 Y eran viles cortesanos
 Que hondas congojas padecen
 Por la ausencia de los goces
 Que en la hermosa ciudad tienen.
 Otros lanzando centellas
 Las batallas apetece
 Y matan de ciento en ciento
 Con un soplo á los *godemes*;
 Bombas, asaltos, degüellos
 De los grupos se desprenden,
 Entre el humo del cigarro
 Y el olor del aguardiente.
 La casa de diligencias
 En altos próceres hierve:
 Pedraza, Godoy, Cardoso,
 En discursos elocuentes,
 De la paz y de la guerra
 El pro y el contra sostienen.
 Pero está abierto el Congreso
 Y la discusión fenece;
 Cesa el ruido de las calles,
 Silencio impera solemne,
 Y las plazas y mercados
 En desiertos se convierten.

1895.

ROMANÇE DE SORPRESA
 EN QUE SE PRUEBA,
 QUE CAMBIEN LOS ANGELES DAN DE ALECAZOS.

I.

En silencio está el Congreso
 Y de pie los diputados
 Esperando la protesta
 De un representante extraño,
 Cura del Paso del Norte,
 Por su virtud afamado,
 El cabello como de oro,
 Su tez como de alabastro,
 Los ojos de azul de cielo
 Modestos y sosegados;
 Vestía negra levita,
 El alzacuello ajustado,
 Sin bastón, sin distinciones
 Y como vulgar paisano.

Quién es? pregunté curioso
 A un mi amigo su paisano.
 Ese humilde sacerdote
 Es de virtudes dechado,
 Héroe por el patriotismo,
 Por sus costumbres un santo:
 Es delicia de los niños,
 Es de los pobres amparo,
 De las vírgenes escudo,
 De los que sufren descanso;
 Viste en su tierra sencillo
 Como los hombres del campo,
 Ni sobrinas ni parientes
 Habitan en su curato,
 Al enfermo tierno asiste,
 Sin cuidarse de su rango;

Sisa su pobre comida
 Para dar al desgraciado,
 Conjura en los matrimonios
 Los negros desaguizados,
 Y te aseguro, le adoran
 Las muchachas y muchachos.
 Por que alienta lo que es bueno,
 Y hábil obstruye lo malo;
 Mas do se muestra sublime
 Y como del cielo enviado
 Es recorriendo el desierto
 En su arrogante caballo
 Emulo del viento mismo
 Y ardiente como el relámpago:
 Allí afrontando las iras
 De los comanches más bravos,
 Ya astuto, ya valeroso,
 Los convierte en indios mansos,
 Y engrosa su santo fuego
 El redil de los cristianos.

II.

LA INVASIÓN.

En su lecho de dolores
 Está la bella Chihuahua,
 La Ninfa de las llanuras,
 La reina de las montañas,
 A la que el desierto agosto
 Humilde besa las plantas
 Y los vastos horizontes
 La embellecen y engalanan;
 Y está postrada y enferma
 Porque en perpetua batalla
 El invencible comanche
 Traidor hiere sus entrañas;
 No hay en sus campos sembrados
 Ni ganado en sus estancias;
 Huye del hombre el trabajo,
 Y el contento de sus damas:
 Guardan lúgubre silencio
 Caminos, calles y plazas
 Cuando se sabe de cierto
 Que el salvaje el Bravo pasa
 Y forma del yankee fiero
 La turbulenta vanguardia.

Angel Trias gobernaba,
 De alto temple y de grande alma;
 Se yergue y con voz de trueno
 Grita impávido ¡á las armas!
 Y como tromba en los mares
 El heroico pueblo se alza,
 Radiando su noble frente
 Con el amor de la patria.
 Una expedición alista
 Heredia y á Ponce manda
 Quien sufre fatal derrota
 Por torpeza ó por desgracia.

Pero así cual campesinos
 Corren de un cerro á la falda
 A poner macizos diques
 A la corriente que baja
 E invade sus cementeras
 Y sus chozas desbarata,
 Más que sobre las barreras
 Furioso el torrente salta,
 Y otra vez y otras cien veces
 Con afán su curso atajan,
 Y á cada óbice destrozan
 Con nuevo empuje las aguas,
 Así la invasión contienen,
 Así su furor atacan
 Los heroicos chihuahuenses
 Que á cada revés se inflaman
 Y ofrecen su sangre toda
 Para salvar á la patria:
 Los derriba la derrota
 Y la esperanza los alza
 Como flexibles arbustos
 Que el huracan anonada;
 Y cuando se creen en tierra
 Las frentes soberbios alzan.

Al fin triunfantes los yankees
 Casi tocan en Chihuahua;
 Ya pasaron Encinillas,
 Ya en el Sauce se instalan,
 Y al cabo del Sacramento
 Hacen campo de batalla.

Los nuestros ven á su frente
 De Trias la invicta espada,
 Que sus bienes y fortuna

Da generoso á su patria,
 Prodigándole su vida
 Que ínclitos hechos ensalzan.
 De Don Pedro García Conde
 Se admira la cauta marcha
 Con su grupo de dragonés
 Que temerarios avanzan.

Y la figura de Heredia
 Entre filas se destaca,
 Desafiando los peligros
 Con resolución y calma.
 Al pie de elevado cerro
 Se hace horrible la matanza;
 Ruedan hombres y caballos,
 Aúllan en alto las balas,
 Corre la sangre á torrentes,
 Y ayes, gritos, algazara
 De dolor, de rabia y muerte
 Entre la humareda estallan.

Mas, ¿quién es ese que gira
 En medio á tanta desgracia,
 Auxiliando moribundos,
 Curando heridos con ansia,
 Con desprecio del peligro,
 Con caridad sobrehumana?
 Es el Cura Ortiz, el Santo;
 A quien padre todos llaman,
 Que parece indiferente
 Al horror de la batalla,
 Y que cura, ampara, acoge
 Al que en el lecho se arrastra,
 Y empapa la ingrata tierra
 Con su sangre y con sus lágrimas:
 En tanto á su ministerio
 Empeñoso se entregaba,
 Seguía las peripecias
 De la lucha encarnizada:
 Ya está quieta la bandera,
 Ya retrocede, ya avanza;
 Y él inquieto la contempla
 Y se abate ó se entusiasma:
 Al fin mira con espanto
 Que los nuestros se desbandan,
 Y los arrollan los yankees,
 Y nuestra bandera ultrajan;

Entonces ciego de enojo
 Un brioso corcel atrapa
 Y con ímpetu sublime,
 De un cristo su diestra armada,
 Audaz congrega á los nuestros
 Se coloca á su vanguardia
 Y tremendo, incontenible
 Al enemigo avasalla,
 Hasta que al fin la derrota
 Fuera del campo le lanza,
 Dejando entre los contrarios
 Asombro de sus hazañas,
 El oscuro y silencioso
 Emprende su retirada;
 Y sigue inapercibido
 Sus tareas cotidianas.

EL DIPUTADO.

Al noble cura del Paso
 Recuerdan los chihuahuenses
 Al elegir diputados
 Que su confianza merecen
 Y que la paz ó la guerra
 Con su conciencia decreten;
 Y al Padre Ortiz se le nombra;
 Y á Querétaro obediente
 Llega, do á los de la guerra
 Se une y la guerra sostiene.
 En el deber empeñado
 Fué mudo y atento siempre,
 Y una vez, una vez sola
 Que á Nuevo México ofenden,
 Se levantó en la tribuna
 Y sin poder contenerse
 Gritó que tengan honores
 Los que á su tierra defienden.
 ¿Qué no veis que hasta los huesos
 Aquí de sus padres venden?
 Y era su voz un gemido,
 Terror de la misma muerte.

III.

OFERTA Y REPULSA.

Venerando el grande Arista
 Del padre Ortiz el renombre,

Le propuso excelsos puestos,
Le quiso colmar de honores.

Y él todo lo despreciaba
Por su curato del Norte,
Y cuando rechazó un día
Ciertas pingües comisiones,
Le recordó el gobernante
El Sacramento y su porte;
Pero él con ingenua calma
Dijo: *aquel que desconoce
Su honor como mexicano
Y sus sentimientos de hombre,
Es un vil, fuere el que fuere,
Y más vil si es sacerdote.*

Y así tornó el padre santo
A su curato del Norte,
Donde le aman con ternura
Y llenan de bendiciones.

¿Yo digo, habrá muchos padres
Como Ortiz en esta corte?

GRANDE
Y DOLOROSO ROMANCE DEL
TRATADO DE PAZ.

I.

LA ACADEMIA.

Es un óvalo mezquino
Con una bóveda obtusa,
Que más que techo parece
Una concha de tortuga;
Es un enorme intestino
Que por anómala incuria
Se abandonó á flor de tierra,
Baldón de la arquitectura;
Es conato de galera,
De iglesia irrisión y burla
Y de gran salón parodia
Por su plebeya figura;
Son sus paredes macizas,
Y por un lado en la altura
Trepadas unas ventanuas
Que indolentes disimulan
La entrada de las tinieblas
A un fondo de sepultura.

Contra la pared se ostentan
Tres sendas toscas y curvas
Que con grandeza la ciñen
Con su forma de herradura.

Si en el pavimento hay losas
Piedras ó tierra, se duda,
Pues las quebras y barrancas
En su superficie abundan.